

Miguel Velando Cabañas

Infiltrados (El Ocaso)



Infiltrados

(El Ocaso)

Miguel Velando Cabañas

INFILTRADOS
(EL OCASO)

Dedicado a todos aquellos que hacen el esfuerzo de comenzar a leer un libro. Aquellos que se atreven a viajar transportados por las letras. Vosotros construís parte de la historia, imagináis los personajes con las escasas pistas que os entregan los escritores. Tal vez, sin saberlo, sois tan escritores como ellos.

Vuestro es el mundo más real, más verdadero, aquel que reside en vuestra imaginación.

Gracias a los que me seguís animando a escribir.

A los que os seguís animando a leerme: sin saberlo, me estáis dando conversación.

CAPÍTULO I

Jan Gröen permanecía sentado en su cómodo sillón del puente de mando. Desde su privilegiado emplazamiento observaba la carga de su barco, el "Marco Polo", un carguero grande, con capacidad para 9.000 contenedores y 96.000 toneladas. El proceso de carga era una compleja sinfonía que tocaba una orquesta formada por gruistas y estibadores con el apoyo del personal del barco.

El trayecto desde Amberes a Shanghái era incómodo y peligroso. Incómodo, por el calor que se sufría en el mar Rojo y peligroso, por la piratería en dos puntos: la más conocida y activa en las proximidades de las costas de Somalia, y la piratería en auge en el mar de China y más concretamente en el estrecho de Malaca. Las escalas no eran en absoluto atractivas, por lo menos para él, un solterón holandés bien entrado en los cincuenta años. "¿Qué atractivo podían tener Algeciras, Augusta o Colombo?" El caso de Kuala Lumpur podría parecer diferente, pero tras descubrir lo misterioso de oriente en su primera visita, no encontraba en aquella ciudad más que caos y ruido. Jan nunca entendió la costumbre oriental de apiñarse en incómodas y enormes ciudades, teniendo, como tenían la mayoría de los países que gustaban aglomerarse en colmenas humanas, cientos de miles de kilómetros cuadrados vírgenes por ocupar. Para un holandés, dejar tierra sin uso era como tirar comi-

da; ellos, tan faltos de tierra, que habían tenido que conquistársela al mar.

Y para mayor desdicha, a aquella maldita ruta había que sumar la desgracia de tener que llevar turistas. Desde la naviera le habían colocado siete. “¿Quién, en su sano juicio, se embarca por placer en un carguero?”, pensaba Jan. La vida a bordo era rutina y trabajo. Para él tenía el mismo sentido viajar en un carguero que pasar unas vacaciones sentado en una silla viendo como unos pobres obreros trabajan en una fábrica. La misma monótona rutina repetida día tras día y con el agravante de no poder escapar; durmiendo en habitaciones anodinas desprovistas de cualquier lujo.

Y, sin embargo, aquellos excéntricos turistas no eran el principal problema de Jan. La naviera le había comunicado el cambio de los tres primeros oficiales. Así, de repente, en un escueto y frío correo electrónico con acuse de recibo. Para un capitán confiar en sus tres oficiales de cubierta era tan importante como respirar. “John Woods, primer oficial; James Britt, segundo oficial, y Adam Tanner, el tercer oficial. Tres hombres con una dilatada carrera en la marina mercante” Así rezaba el correo electrónico recibido. Para Jan, tener a tres ingleses a sus órdenes era tener que aguantar sus engreídas caras de estupefacción cuando se le escapara la más mínima mala pronunciación de cualquier simple palabra en su idioma. Ante el mínimo error fonético pondrían esa cara de asombro tan típica de los nacidos en las islas, todos orgullosos de no tener que aprender más idiomas que el materno. Jan no pensaba dejar de utilizar el neerlandés en las comidas con Hans, su mano derecha y jefe de máquinas. Prefería viajar sin combustible que hacerlo sin el tranquilo gigantón de Hans. El día previo al embarque, como siempre, habían comido juntos. Se habían contado todo lo vivido en las ocho semanas de descanso desde la anterior campaña. Jan no tenía demasiado que contar, su único amor conocido era el mar. Quemaba sus periodos de descanso paseando por las callejuelas de Ámster-

dam, tratando de no regresar, como siempre terminaba haciendo, al puerto de la ciudad para ver los cargueros atracar, pero sobre todo partir. La mar es una amante celosa, te desarraiga, Jan lo tenía claro. Hans, sin embargo, no podía ser más diferente. En cuanto se lo permitía el trabajo volvía a su granja, cercana a Rozendaal, en el interior del país, un lugar nada atrayente para su amigo Jan. En una ocasión Hans le había invitado a pasar unos días allí. A los dos días de llegar, Jan se disculpó con su amigo: "No puedo soportar estar tan lejos de la mar", le argumentó. Hans le miró con su habitual tranquilidad, dándose tiempo para entenderle. En esta tranquilidad radicaba el éxito de aquella amistad, en aquel gigantón rubio a punto de cumplir los sesenta años, padre de cinco hijos y futuro hortelano a tiempo completo. A veces se quedaba pensativo ya imaginándose que Jan navegaba sin él, lo que ocurriría a más tardar en un año, cuando Hans aceptara la merecida jubilación, a la que para entonces tendría derecho. No se imaginaba Hans a su amigo navegando con otro ingeniero de máquinas, pero la vida es generosa en enseñanzas para el que se detiene en entender los pequeños detalles, y él había aprendido que nada ni nadie eran imprescindibles.

Y vuelta al trabajo para Hans. De su idílica granja cercana al parque nacional de Veluwezoom a los cuarenta grados de la sala de máquinas. Por muy duras que fueran las condiciones de trabajo en la sala de máquinas, los problemas, por muy complejos que fueran, no saldrían de allí, no trascenderían al puente de mando, por lo menos no antes de que tuvieran solución. Era la forma de ser de Hans, no quería preocupar a su viejo amigo, suficiente tenía con guiar aquel gigante de acero a su destino.

–Hans, sube en cuanto puedas, te necesito. –La voz de Jan sonó firme pero no era el tono con el que solía darle las órdenes, en aquella orden había un punto de complicidad del que carecían normalmente—. Quiero que veas lo que nos han "colocado".

Hans no quería pasar el mal trago de recibir a los turistas en solitario.

–¿Qué quiere, mi capitán? Como puede imaginar estamos un poco liados aquí abajo. –Desde el instante que subían al barco, Hans trataba de usted a su jefe.

–¿Eso le enseñaron en la Universidad? ¿A poner en duda las decisiones del Capitán?

–No, mi capitán. Me enseñaron a conocer las manías de mi capitán y su nulo gusto por conocer a sus muy apreciados turistas. Subo en diez minutos.

–Que sean cinco.

Jan colgó, impaciente. Su jefe de máquinas y amigo tenía razón. Hacer de recepcionista de hotel no era su punto fuerte; era evidente para cualquier observador perspicaz que su sonrisa de bienvenida era siempre forzada.

Los turistas habitualmente se parecían; gente estrafalaria y solitaria, cansada de todo, que prefería pagar más dinero para surcar los mares en un mercante con pocas comodidades y nulos alicientes que en un crucero. Tras una semana de deseada soledad, todos sufrían un proceso de resocialización que terminaba pagando la tripulación. Jan aborrecía las intrascendentes conversaciones en el puente de mando durante las puestas de sol en alta mar. Él amaba el crepúsculo en alta mar; era un espectáculo grandioso creado, en esas ocasiones, solo para él y algún oficial más que estuviera en el puente de mando. Sin embargo, cuando la mala fortuna le castigaba con turistas, tenía que aguantar las aburridas conversaciones triviales de aquellos aprendices de solitarios, que se cansaban de serlo apenas habían probado un bocado de la otrora ansiada soledad.

No era obligatorio, ni usual, que toda la oficialidad recibiese a los turistas. Lo normal era que los turistas saludaran al capitán o, en su ausencia, al primer oficial, que les daba la bienvenida y las primeras instrucciones de seguri-

dad. Inmediatamente, un marinero les llevaba hasta su camarote y les explicaba todo lo necesario para la travesía.

Jan no podía dejar de sufrir pensando en sus maravillosas puestas de sol estropeadas no por uno, sino por siete turistas ansiosos de hablar con alguien. Se consolaba pensando que al ser seis, tal vez se pudieran entretener entre ellos y no estropearle sus atardeceres. Inmediatamente rechazaba la hipótesis: con los únicos que no hablaban los turistas era con los otros turistas, como si no les gustara la gente rara...

Había llegado el momento, eran las once de la mañana. Jan y Hans esperaban juntos en la escalerilla de acceso al buque, ya en la cubierta principal.

El primer turista era un hombre corpulento, más bien obeso, pensó Jan. Lucía una barba de varios días escasamente cuidada y unas entradas generosas que dejaban poco espacio para un cabello excesivamente grasiento. Vestía un pantalón de pinzas gris, zapatos marrones y una camisa de vivos colores bajo un jersey de pico azul. Para Jan, aquel hombre, que respondía al nombre de Frank Hulls, era un perfecto turista de mercante.

–Bienvenido a nuestro barco, soy el capitán Gröen. Espero que tenga una agradable experiencia viajando con nosotros.

Jan había superado su primera prueba con nota, sabía que le tocaba repetir el numerito otras cinco veces, pero aun así se había esforzado, se sabía observado por su amigo Hans.

–Gracias, capitán. Mi nombre es Hulls, Frank. Muchas gracias por la bienvenida.

El señor Hulls continuó hacia sus dependencias acompañado por uno de los marineros.

–¿Qué te ha parecido, Hans?

Jan quería confirmar su primera impresión con su amigo, dotado de un juicio siempre acertado para juzgar personas.

–¿De verdad me lo estás preguntando?

–Claro, ¿Qué mosca te ha picado hoy?

–Pues que me va a parecer, un bicho raro que prefiere dejarse un montón de pasta en este aburrido barco en vez de marcharse al Caribe de crucero. Eso y que podía haberse duchado, ¿verdad?

Jan corroboró con la cabeza, no tuvieron tiempo para más comentarios; una atractiva mujer, que rondaría los treinta y cinco años, había comenzado a subir al barco. No era extraño ver a mujeres embarcadas como turistas, aunque fueran siempre una minoría. Lo que hacía de Jane Woods una excepción era su evidente atractivo. Vestida con un discreto vestido azul, éste no era capaz de disimular sus voluptuosas curvas. Un abrigo también azul de un tono ligeramente más oscuro, completaban su indumentaria. Pero sin lugar a dudas el mayor atractivo de aquella mujer residía en sus perfectas facciones. Su cara era proporcionada y sus profundos ojos azules hacían de faros del resto de sus facciones, que acompañaban sin desmerecer un ápice.

– Woods, Jane. Encantada.

Jan y Hans permanecían anonadados contemplándola. No es que no hubieran conocido mujeres así, pero no en su barco.

–El placer es nuestro. Bultman, Hans, jefe de máquinas y él –continuó hablando al percatarse que su amigo no reaccionaba– es el capitán Gröen, Jan Gröen.

–Me va a tener que disculpar –comenzó a hablar Jan– no es habitual tener entre nosotros a una mujer tan atractiva como usted.

Para un hombre tradicional y tímido como Hans, aquello era un comentario fuera de lugar, pero su amigo era muy dado a compartir en voz alta sus pensamientos más espontáneos.

–Muchas gracias por el cumplido, capitán –respondió en un tono completamente natural la atractiva turista– espero que este sea el primero de muchos viajes.

La señorita Woods no dio tiempo a replicar, entregó su pesada maleta al marinero que le esperaba y lo siguió camino del camarote. Los dos curtidos marineros se miraron totalmente asombrados por lo que acababan de ver.

La subida de un nuevo turista les quitó la oportunidad de poder comentar la jugada. Un joven moreno y alto subía ágil la escalerilla del barco. Hans miró detenidamente al joven. No le encajaba en su idea de “turista de mercante”; aquel atractivo y atlético joven no se parecía al turista habitual.

–Juan Barbosa, un placer.

La voz del caballero, brasileño según afirmaba su pasaporte, era cálida y agradable. El capitán cruzó un saludo cortés mientras mantenía su pensamiento en la atractiva joven que acababa de dejarles. Hans, más observador, se preguntaba qué había atraído a su barco a aquellos jóvenes más propios de una pasarela de moda. Las disquisiciones de Hans se interrumpieron con la subida del cuarto turista. Un hombre alto, rubio y en la treintena, subía con una maleta de ruedas donde no podía haber cabido demasiado equipaje.

–Bienvenido al Marco Polo, señor...

El capitán había saludado, correcto, mostrando el camino que el joven belga debía seguir hasta su camarote.

–Nathan Dubois, encantado.

El gesto del caballero era adusto y poco amable. Era belga, no le cabía ninguna duda a Hans, que no albergaba

una gran simpatía hacia los naturales de aquel país.

El walkie de Hans comenzó a sonar: "Hans, soy Buck, el embarrado de los filtros desalinizadores de agua tiene muy mala pinta, tienes que verlo, cambio".

–Recibido, bajo.

Hans no pensaba dar a Jan ninguna explicación, él era el Ángel de la Guarda de las tripas de aquella ciudad flotante, no su chico de compañía, y ahora lo necesitaban abajo.

–No estarás pensando en dejarme solo con los turistas, aún quedan dos por llegar.

La voz de Jan sonó firme, más a orden que a reproche.

–Mi capitán, en este barco manda usted, pero como no seamos capaces de reparar ese embarrado va a tener que explicar a la naviera por qué retrasa su partida dos o tres días, que es lo que tardaría en llegarnos uno nuevo y montarlo... no sé cómo lo ve.

–Estoy seguro que lo tenías preparado con tu gente: "Llamadme a la media hora para que me pueda escapar". ¡Viejo bribón!

Hans enfiló hacia la sala de máquinas. Un embarrado era un equipo tosco y fiable, no podía imaginarse qué le podía pasar que fuera tan grave.

Del frío agradable de la cubierta principal se pasaba al calor infernal de la zona de cuadros eléctricos de la sala de máquinas. Allí le esperaba Robert, un inglés demasiado amigo de la bebida en tierra, pero que cuando se embarcaba se olvidaba de ella, de lo que no se olvidaba era de su enorme experiencia, sobre todo en temas eléctricos. Hans valoraba mucho su opinión.

–¿Qué te pica, Robert?

–Ya se lo dije, señor –cuando Robert comenzaba a hablar en estos términos Hans sabía que tocaba armarse de paciencia–, retrasar la gama de comprobación de embarrado era una barbaridad. Se me ha ocurrido retirar el metacrilato de protección y me he encontrado esto.

El embarrado, de cobre rojizo estaba intacto, o por lo menos así lo consideraba Hans, que tampoco era un experto; él era mecánico, aunque chapurreaba de electricidad y de instrumentación.

–¿Y qué le pasa, Robert? Ilústreme.

–¿No lo ve?

Robert gustaba de dejar en evidencia a su jefe, era parte de su retribución en especie. La mirada de Hans apremió a Robert para que comenzara de una vez su explicación.

–Al embarrado en sí no le pasa nada, es de cobre y no se oxida, es el aislante que lo soporta, se ha curado el polímero y cuando se cura tiende a fragilizarse. Cuando los motores principales empiecen a girar y a convertir esto en unas inmensas maracas ese aislante cederá y el corto que se producirá dejará sin electricidad todo el barco, y cuando digo sin electricidad, digo sin electricidad, porque los generadores de emergencia pasan por aquí.

–¿Tenemos repuesto?

–Sí, pero esa operación hay que hacerla en parada, si cortamos la corriente ahora el capitán nos corta..., en fin, que no nos va a dejar.

–¿Quién ha dicho que vayamos a cortar corriente? – Hans miraba fijamente a su técnico eléctrico.

–¿No me estará diciendo que vamos a trabajar con 32 kilovoltios?

–Sí, eso te estoy diciendo, ¿o crees que las lanzas son herramientas virtuales? Se utilizan para estas ocasiones,

cuando no se puede cortar tensión.

Media hora después estaba todo preparado para sustituir el aislante averiado: las lanzas aislantes, el repuesto, los guantes, las botas de seguridad... Y comenzó la operación. Hans ejecutaba cada paso dejándose guiar por Robert, que le aconsejaba en un seguro segundo plano. "Para eso es el jefe" pensaba Robert "Que se la juegue él". La primera operación fue colocar un soporte temporal, necesario para aguantar el peso del embarrado afectado. Una vez colocado, tocó eliminar el aislante dañado. Incluso haciendo el trabajo con sumo cuidado, el aislante se quebró. Robert era un cretino, pero había salvado la vida de Hans en esta ocasión, si no llegan a poner el soporte temporal éste estaría ahora muerto. Una vez eliminado el aislante dañado, tocaba realizar el paso más complejo: colocar correctamente el nuevo. Solo tenían ese repuesto, si lo desaprovechaban tendrían que retrasar la salida, incurriendo en enormes penalizaciones. Pero Hans tenía una habilidad especial con las manos, en menos tiempo del que había planificado Robert, estuvo colocado. Por último, solo faltaba recuperar el soporte temporal. Recién terminada la operación los altavoces de la sala de máquinas empezaron a emitir el sonido de evacuación.

—Me cago en sus muertos, ¿pero a quien coño se le ocurre montar un simulacro en este momento?

Sin embargo, la voz del capitán siguió a la sintonía de evacuación:

—A toda la tripulación y pasajeros del Marco Polo, esto no es un simulacro, abandonen ordenadamente el barco según lo establecido en el plan de emergencia.

Hans ordenó a su equipo reunirse en zona segura según el protocolo, él subió hacia el puente de mando para tener información de primera mano. Allí, su amigo Jan miraba fijo por el cristal de babor. Un enorme metanero se acercaba lentamente hacia el Marco Polo.

–Va sin máquina, los remolcadores no pueden retenerlo, uno de ellos ha perdido las amarras que lo unían con él... Nos va a partir en dos.

–¿Y te vas a quedar ahí mirando viendo como nos destroza?

–Son órdenes de capitanía marítima, evacuar el barco.

–Que les den a los de capitanía marítima, ellos no se han dejado los últimos quince años de su vida arreglándole las entrañas a este barco para que nos parta en dos un gasero. Capitán, dé la orden de soltar amarras y adelante toda; le prometo que podemos desplazarnos lo suficiente para evitar la colisión.

–Hans, sabes que si hago eso me quitarán la licencia y no podré pisar un barco en mucho tiempo.

–Jan, y tú sabes que si te quedas ahí viendo como ese gasero te parte en dos, serás el capitán que dejó morir su barco. Nadie te dejará capitanear un barco jamás.

Las palabras de Hans eran puro sentido común, hace falta saber obedecer para saber mandar, y hace falta haber obedecido mucho para saber cuándo ya no hay que seguir haciéndolo.

–A todo el personal no imprescindible: abandonen inmediatamente el barco. Personal de guardia: retiren pasarelas y amarras. A toda máquina.

Tras dar las pertinentes instrucciones comunicó con capitanía marítima:

–Al habla el capitán del Marco Polo. Hemos soltado amarras y estamos incrementando potencia en motores para evitar la colisión.

–¿Me está diciendo que va a mover su barco en mi puerto sin usar remolcadores? ¿Se ha vuelto loco? ¿Quiere provocar otro accidente? ¿Acaso no sab...